



CAPITULO II

Las Constituciones Políticas Románticas

La rapiña, enfermedad del siglo

En los últimos treinta años, la humanidad ha presenciado prodigios que han consumido todos sus recursos emotivos. El último, fué el cañón alemán que bombardeó a París a sesenta kilómetros de distancia. Parece que sólo un prodigio no tendrá realización: la baja de la necedad untada en el espíritu de nuestros intelectuales más vibratorios. Hemos hablado cien años, de que nuestra felicidad depende de una asamblea que se denomina Congreso Constituyente que nos fabrique una Constitución política, procreada en una borrachera de ilusiones y de llamados principios políticos pasados de moda. Esas constituciones, no merecen el gasto de una gota de sangre, ni el menor dolor de muelas nacional.

A mí no se me puede llamar reaccionario, porque yo fuí quien, en la tribuna de la Cámara de Diputados, y después en la prensa, sostuve que la Constitución de 1857, como obra legislativa era un mamarracho; y lo mismo digo de la de Querétaro, no por sus principios avanzados, porque mi cultura es mucho más avanzada que esos principios, sino porque también adolece del defecto de romanticismo. Sí declaro que la Constitución de Querétaro sería muy superior a la de 57, si aquélla no hiciera del Presidente de la República un

autócrata asiático, y de la propiedad, un botín de ratas burocráticas superbubónicas.

Voy a permitirme exponer cuál es la verdadera Constitución mexicana, única respetable, por ser la expresión técnica de nuestra vida colectiva e individual, geoméricamente proyectada en nuestra amarga historia.

No ha habido en el mundo más que una sola substancia de gobierno estable y respetable: la soberanía de los más aptos, según el modelo de aptitud política presentado por la época. Esa soberanía de los más aptos, se ha practicado y se practica bajo diferentes formas: teocracias, cesarismos, aristocracias, plutocracias y falsas democracias. Hasta el momento actual, ha fracasado también la rusa, pues ya los bolshevistas apestan al proletariado moscovita. Los juristas han definido las Constituciones Políticas: "un pacto tácito o expreso entre gobierno y gobernados." El error de los juristas consiste en que ven al gobierno donde no se encuentra, donde solamente figura su decoración. El objeto invariable de todos los gobiernos ha sido privilegiar a la clase gobernante, por supuesto a costa de la gobernada. En los viejos imperios de castas, los privilegios aparecen estacionarios, no crecen, no aumentan de peso, no se hacen insoportables a los gobernados, y se prueba ese estancamiento que representa equilibrio orgánico, con su larga duración. El imperio egipcio duró más de siete mil años. No es posible que la humanidad aguante siete mil años de *trusts* ni de contratos de mejoras materiales por los gobiernos, ni de tribunales organizados como bandas de facinerosos, ni de canibalismo burocrático, ni de huelgas crónicas, ni de reivindicaciones santas del proletariado.

En la solemne antigüedad en que florecieron esos teócratas imperios, existían enormes privilegios, pero como he dicho, no crecían. El dogma que llenaba todas las conciencias era no tocar lo que habían hecho nuestros padres, y como esos dioses carnales no habían comenzado por el fin, la ración de privilegios que se des-

pacharon, era compatible con la existencia y desarrollo imperceptible de imperios de apariencia eterna.

En realidad, los privilegios no aumentaron, porque no había razón para que aumentaran. Se debe al portentoso desarrollo industrial y a los efectos estimulantes de las bellas artes, el desarrollo de los apetitos, la formación de nuevas pasiones, el desenvolvimiento de la sed de placeres. Al llegar el mundo a lo que parece su apogeo industrial y artístico, los apetitos han alcanzado también su apogeo; la enfermedad del siglo es la bulimia de goces, más penetrante mientras más cuestan; por consiguiente, como nunca, las clases gobernantes se han propuesto robar, y las clases robadas, no saben qué hacer para salir del universal ciclón de rapiña. El enorme problema mundial, es un problema de ladrones.

*
* * *

Un error acreditado

En uno de mis libros, cité la frase que un general Presidente de Colombia, dirigió en carta privada a un general venezolano, su amigo íntimo y compadre: "Extraño mucho, dice el prócer de Colombia, no ver a Ud. en la Presidencia, sabiendo tan bien como yo, que todos estos infelices países pertenecen a los valientes."

Una paz absoluta de tres siglos, desfibró a todo un pueblo y lo dejó exento de virilidad. En la América latina, los chilenos se mantuvieron viriles por haber luchado trescientos años con los indomables indios araucanos. En Nueva España, no perdieron su virilidad las poblaciones del Norte en constante guerra con los indios bárbaros. Las campañas de independencia, dotaron de virilidad a los que habían tomado parte en ellas, y esa minoría de enérgicos se encontró, por ley biológica, soberana de sus compatriotas tímidos y estupefactos ante lo que no conocían: la heroicidad falsa o

verdadera. Un país donde los valientes dominan, es un semi-cementerio social.

Los valientes, organizados militarmente, aprovecharon de una materia prima admirable: el indio, una máquina de carne para morir o matar por cualquiera causa o sin causa. La Naturaleza, por sus sabias leyes, redujo a poca cosa el poder destructor de los valientes. Para que la clase de los valientes hubiera podido imponerse al país a perpetuidad, como clase gobernante, debió haber sido propietaria y de alma feudal. Un tumulto de valientes, es idéntico en sus efectos políticos de anarquía a un tumulto de cobardes. Sólo lo organizado es fuerte, y un ejército proletario y plebeyo muy poco resiste a la desorganización.

Es cierto que en la mayor parte de la América latina, no precisamente los valientes, sino los militares, aun cuando hayan sido algunos de ellos cobardes, su sable ha sido el título irreprochable para que desempeñen el envidiado cargo presidencial. Pero no es siempre lo mismo ser presidente que ser gobierno; hay presidentes gobernantes y presidentes súbditos, y los presidentes que no son dictadores, son todos súbditos de una o varias facciones.

Mens agitat molem. Los intelectuales agitan a las masas. Una masa agitada, se coloca en el vestíbulo de una revolución. El hambre es la que más agita a los intelectuales, la que los hace revolucionarios. Afortunadamente para México, siendo país inmenso, de pequeña población agrícola diseminada, no se prestaba al apostolado del pauperismo intelectual, y el analfabetismo hacía imposible las inoculaciones socialistas por la prensa. El cura Hidalgo agitó a las masas, no con la idea de su independencia, pues adoraban al Rey Fernando VII, sino con el grito de "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines." Agitó dos pasiones extremadamente convulsivantes: el fanatismo y el odio al extranjero cruel, de implacable codicia. Después, y durante cien años, ya no fué posible agitar a las masas, sino hasta 1910.

No pudiendo agitar el proletariado intelectual a las masas, mostró estupenda habilidad para agitar a los militares; los dividía, exaltaba su ambición, *acantaridaba* su organismo, los lanzaba al asalto del poder, los arrojaba de cabeza en toda clase de precipicios, los paseaba por los mejores vergeles de la estupidez, los enloquecía, los intimidaba, los hacía temblar, los manejaba con diabólica astucia para crear y sostener en la nación una pavorosa y desesperante obra de anarquía.

Desde la consumación de la independencia hasta 1832, todos los Presidentes de México, con excepción del general Santa-Anna, fueron magníficamente probos y magníficamente infelices. No podían desagradar al clero, porque les compraba al ejército o movía las conciencias de los generales religiosos para que contra él moviesen sus sables; no podían corregir a los comerciantes contrabandistas, porque inmediatamente se sublevaban las guarniciones de Veracruz, Guadalajara, Mazatlán y la región de Tepic; no podían suspender los pagos a los agiotistas, que ni huesos dejaban para que los rojera el ejército, sin que se pronunciase la "Ciudadela." Ochenta y cuatro mil pesos cobró el general Valencia por derrocar al general Santa-Anna en 1843. No podían tocar ligeramente al más virulento agitador sedicioso, porque eran acusados ante el Congreso de destruir las libertades públicas y volar los cimientos de la nación; no podían encausar a un juez venal, porque toda la abogacía fulminante se les arrojaba encima; no podían poner contribuciones a los propietarios de casas y haciendas, sin que el ejército defeccionara en defensa de la inviolabilidad de la propiedad privada.

Esos militares mártires, acababan por arrepentirse de su ambición. Casi siempre cirróticos por los torrentes de injurias que les propinaba la prensa, su tubo digestivo era una fábrica de hiel y acíbar. El dulce general Vicente Guerrero, fué en 1828 más injuriado por las facciones que don Ramón Corral en 1910. La clase media famélica y cruel, les exigía que le dieran de co-

mer, de beber, de robar, de vengarse, de hacer porquerías, y deturpaban al ejército declarándolo el más neumático de los pulpos y el verdugo infatigable del pueblo. La burocracia, que había hospedado en su vientre al patriotismo, a falta de víveres, no se cansaba de rugir contra el Presidente siempre tirano, porque no sabía serlo de verdad.

¡Triste suerte la de esos valientes que habían asaltado el poder! En realidad, más siniestra que la Torre del Hambre de Ugolino. Iturbide, Guerrero, Miramón, mueren fusilados; Victoria escapó de que lo linchasen los léperos borrachos que asaltaron el Parián y la soldadesca frenética de la Acordada, debido a la enérgica actitud de Zavala y Gómez Farías. Barragán, ya aturdimiento con delirios crispantes, murió de tífus. Bustamante, postergado, olvidado, clamando que nunca fué tirano sino tiranizado, y sin una peseta debajo de la almohada, muere en la obscuridad y pidiendo como el Manfredo de Byron, el olvido de sí mismo, pronunciando el áspero "*forget myself.*" El general Herrera, se apagó en una covacha; Paredes y Arrillaga, se desvanece en la mortaja agusanada del réprobo, por haber creído que solamente un protectorado europeo salvaría a México.

El mejor de los presidentes, el general don Mariano Arista, murió pobre, en el destierro, y casi fué enterrado de caridad. Comonfort, una figura exquisita por su honradez y sincero patriotismo, terminó asesinado. La vida de esos valientes dueños de México, fué una bolina impía de bajas tragedias.

En mi libro "Las Grandes Mentiras de nuestra Historia," estudio el pretorianismo, y concluyo que no es piscina de delicias tiberianas. Hasta 1880, las familias de los militares mexicanos han sido, con rarísimas excepciones, modelo de miserables. La viuda de un militar, era la viuda del amparo social y del Gobierno; típica, con el tápalo verdinegro, con el vestido desgarrado y grasiento, color de pantano ponzoñoso, con los zapatos destrozados, con la fisonomía del condenado a muer-

te, vagaba por los corredores del ^{Museo Nacional} palacio nacional pidiendo limosna. Los huérfanos de los militares, paraban en los hospicios, en los hospitales de desastrosa beneficencia, en los presidios, en las cárceles correccionales. El refugio de los héroes que habían ceñido la banda azul, era, las casas de juego, en calidad de talladores, de convidadores, de zapotistas, de brujas flotantes, de porteros y aun de "enanos del tapanco" para hacer respetar la soberanía de las "camoninas."

No, no es cierto que esos infelices países de la América Latina hayan pertenecido a los valientes que no han logrado ser dictadores. Esos infelices países han pertenecido, cuando no hay serias e imponentes dictaduras, a las facciones, y las facciones han pertenecido al proletariado intelectual, y el proletariado intelectual ha sido dominado por la abogacería trapacera y sin clientela. El proletariado intelectual ha sido el verdadero dueño, el verdadero azote, el verdadero tirano de México, y su voluntad lírica, metafísica o trágica, ha sido la única constitución política de la República.

Durante nuestra tremenda y vergonzosa vida pública, han sido puestos en los altares de la Utopía, la Constitución de 1824, la de las Siete Leyes de 1836, la de las Bases Orgánicas de 1842, la de 1857, y todas han fracasado, porque el fracaso de las instituciones se encuentra en la raza mexicana, en su vida, en su historia, en sus vicios, en sus ideales y en sus cualidades. La Constitución de Querétaro, ya fracasó en el concepto de los revolucionarios, y fracasarán todas las que en lo sucesivo se hagan, mientras la ley escrita no sea la ley sociológica que en su triste vida sigue el pueblo.

*
* *

Homenaje a las facciones

Caracteriza a las facciones todo lo rastrero, todo lo perverso, todo lo asqueroso, puesto que tienen por genio tutelar la trinidad de la envidia, la codicia y la men-

tira. La facción es el tumulto irreprochable de las medianías intelectuales, cuya primer tarea es eliminar de la política a los hombres verdaderamente superiores; para lo cual, los injurian, los calumnian, los llenan de cieno y procuran llevarlos al campo del honor o a la ríña de taberna para asesinarlos. Entre las medianías generadoras de chancletismo intelectual, se establece la "Sociedad de Elogios Mutuos," que mantiene en admiración mística a todo el medio pelo social.

La facción profesa culto de banda de piratas al exclusivismo. Desde 1867 sostiene como principio básico: "A México sólo debe gobernarlo el Gran Partido Liberal," que no existía ni ha existido jamás. Después, y cuando el general Díaz era faccioso contra Juárez, se promulgó otro principio: "A México sólo debe gobernarlo el Gran Partido Porfirista;" después, y antes del establecimiento de la dictadura, se consideró que la patria sólo podría ser salvada gobernándola el Gran Partido Benitista, y después el Gonzalista. Por ningún motivo esa gente acepta el principio democrático de que al pueblo deben gobernarlo los partidos que él designe, como él quiera y durante el tiempo que lo juzgue conveniente. La facción es la tiranía inflexible de los fracasados en la lucha noble o salvaje, y busca el triunfo encendiendo hogueras de odio en conciencias bien cargadas con el combustible de la mentira y las supersticiones del analfabetismo. La facción disfruta del monopolio del patriotismo, expide y retira patentes de patriotas a los que se le arrodillan o la rechazan. Odia la verdad, por ser ésta el más enérgico disolvente de su prestigio, de su autoridad, de su existencia. El medro personal sin misericordia, constituye todo su código moral, la envidia llena todo su corazón y jamás se contiene en el robo público, si se la deja libremente robar, lo que no le han permitido los militares. Se me dirá: ¿si en México nunca ha habido partidos políticos, sino facciones, por qué han figurado en ellas hombres como Quintana Roo, Mora, Alamán, Pesado, Couto, Fernando Ramírez, Ocampo, Degollado, Juárez, los dos Lerdo

de Tejada y otros conspicuos? Porque las facciones sólo sirven para derrocar buenos o malos gobiernos, y cuando quieren gobernar, es decir, cuando se proponen desmoronar al país, se les oponen los hombres superiores de mérito, apoyándose en los militares, hasta que la opinión pública, conquistada por el chancletismo intelectual, desorganiza a los militares y apoya el triunfo de las facciones para después apoyar a otra facción que la salve de las calamidades de la que desempeña el poder. Los gobiernos faccionarios son imposibles, y como se sabe, desde los tiempos de la antigüedad clásica la facción atrae a la dictadura con precisión astronómica.

*
* *

La obra en México de las facciones

Los grandes resultados de nuestro período faccional de libertades públicas, solamente para la clase media, árbitro de la suerte de los gobiernos, se encuentran sintetizados en preciosos documentos históricos. El embajador español don Joaquín Francisco Pacheco, en nota dirigida a su gobierno, el 24 de septiembre de 1860, le decía: "ha perdido el pueblo de tal manera toda noción de derecho, todo principio de bien, toda idea y todo acto de subordinación y de autoridad, que no hay en él posible, por sus solos esfuerzos, sino la anarquía y la tiranía."

El ministro de Inglaterra en México, Mr. Wyke, informaba a su gobierno en mayo de 1861: "Las facciones combatientes luchan para adueñarse del poder, a fin de satisfacer su codicia o su venganza, entretanto el país se hunde más y más cada día, mientras la población se ha brutalizado y degradado hasta un punto que causa horror contemplarla." El ministro de Francia en México, conde Dubois de Saligny, en su informe oficial de 28 de abril de 1861, comienza con las siguientes palabras: "En el estado de anarquía, o mejor dicho, de

descomposición social en que se encuentra este desgraciado país”

Después del triunfo de la República, en 1867, el partido militar ejecutó magistralmente nueve cuartelazos excitado por el civilismo faccioso. Dos de los cuartelazos fueron muy graves, pues estuvieron a punto de derrocar al “Benemérito de las Américas,” incrustado en su reeleccionismo que iba cristalizando en dictadura; el cuartelazo del Plan de la Noria, en beneficio de Porfirio Díaz, no logró exterminar a Benito Juárez, el *eterno* de la época, por haber obrado éste con su habitual circunspección, pagando a la naturaleza el horrible e inevitable tributo el 18 de julio de 1872.

El autor de “Algunas Campañas,” veterano porfirista de los días de prueba, relata en el tercer tomo de su interesante obra, que al ser recibida en Tepic, la noticia de la muerte de Juárez, en un grupo de eminentes revolucionarios dedicados a penosa campaña, la sensacional nueva produjo inmensa tristeza en aquellos enemigos del tirano que habían proclamado una revolución sin más principios que derrocar a Juárez por traidor a las felices instituciones conquistadas por el pueblo. Aquellos hombres de armas y nobles miras, exclamaron angustiados: ¿Qué bandera tomaremos ahora para continuar la revolución? Muerto Juárez, la revolución había perdido su bandera ostensible, y no podía ser apoyada por la clase enérgica de combate y creencias de niño, que creía en que realmente el indio de Guelatao había matado a la democracia mexicana, bañada en la sangre tibia y reconfortante del archiduque Maximiliano.

Era necesario ceder y acogerse a la amnistía decretada por el gobierno interino de don Sebastián Lerdo de Tejada. Públicamente, el general Donato Guerra, porfirista apasionado, declaró en la prensa que el partido militar continuaría luchando por llevar al poder, contra todo viento y marea, a Porfirio Díaz, el infatigable perturbador de la paz pública desde 1869.

No obstante la legitimidad indiscutible de la presi-

dencia del verdaderamente ilustre Lerdo de Tejada, el partido militar acaudillado por el antirreeleccionista Porfirio Díaz, no le permitió terminar su período constitucional, caracterizado por una escrupulosa honradez administrativa, por una sequedad de sangre arcadiana, por un respeto exagerado a la libertad de la prensa, y por una independencia gloriosa de la Suprema Corte federal, cuyos fallos se cumplían con unción por todos los poderes y autoridades de la República.

El autor de "Algunas Campañas," poseedor de todos los secretos del porfirismo, como partidario sobresaliente y fiel del redentor del día, que declaraba a Lerdo de Tejada el tirano más odioso que había tenido México, comparable con Dionisio el viejo y Caracalla el joven, enseña a la posteridad, que cuando los más conspicuos porfiristas se reunieron en junta solemne para redactar terrible requisitoria que justificara la revolución, por más esfuerzos que se hicieron para formular cargos verdaderamente serios, ni uno fué en contrario. El revelador de la verdadera conciencia de los conspiradores resueltos a lanzar a su país a nueva y desastrosa guerra civil, informa que, en realidad, la revolución era necesaria y urgente porque la imponía el hambre de los hombres de armas.

Hasta entonces, (1876), la democracia había significado hambre de los hombres de armas, hambre de los hombres de toga, hambre de los hombres de pluma, hambre de los hombres sin apetito de trabajar, y también hambre de riquezas, de desvergüenzas, de bajezas pesadas en doblones, de rastrerismo tejido con babas de adulación. Era ya necesario un dictador que repartiera pan y palo por raciones convenientes, según el grado del poder personal de cada apetito; mucho, al terrible; medianamente, al útil, y el caldo, con alguno que otro garbanzo, a los reptiles. Como acontece generalmente, corresponde al más astuto de los domagogos de una anarquía, con dotes de domador de fieras terribles o asquerosas, transformarse en pontífice augusto, sereno, inexorable de la paz, del orden, de la ley

salida de su ambición, de la honestidad creada por su ambición; en Moisés de su pueblo, en César de su ejército, en vicario de su Dios, en maestro infalible de la política, en doctor sublime y seráfico de la facultad de crear naciones con las tinieblas de los abismos, el polvo de las ruinas y la abyección de razas aplastadas por tradiciones siempre adorables mientras se conservan incultas.
